

lutamente injustas. Es difícil que el fenómeno revolucionario se contemplara, por consiguiente, con tan perentoria urgencia. Esos cinco dólares son, en sí, un retrato. Marivaux decía que se reconoce el estilo por una sola frase. ■ ENRIQUE RUIZ GARCIA.

RELIGION

¿Los

«judas»?

RES periódicos tan prudentes en el plano religioso como el milanés «Corriere della Sera», y los franceses «Le Monde» y «Le Figaro», han interpretado el discurso de Jueves Santo pronunciado por Pablo VI como «parangonando con Judas a los sacerdotes que dejan el sacerdocio» (F. de Sanctis), «asimilando a Judas a los clérigos que abandonan el ministerio» (R. Laurentin).

Ahora Alessandrini, el portavoz informativo del Vaticano, pretende arreglar —a destiempo— el impacto tan desfavorable producido por las palabras que se contienen textualmente en ese discurso, intentando mezclar y confundir la intención del Papa con los términos suyos, diciendo: «Pablo VI no tuvo intención de comparar con Judas a los sacerdotes que abandonaron su ministerio». No se trata de dudar de la buena fe de Pablo VI; pero, al mismo tiempo, no debemos dejar de reconocer los fallos que en la dirección de la Iglesia se produzcan. Porque, ¿no es entonces verdad que el Concilio afirmó que la Iglesia «es santa, pero constantemente necesitada de purificación», que «necesita permanente reforma» y que debemos «tener conciencia y combatir con máxima energía... estas deficiencias»?

Entonces, en vez de ocultar lo que es visible y obvio, a juzgar por las reacciones producidas casi unánimemente, entiendo yo que debemos —ante el hecho de la secularización de tanto sacerdote— reformar lo que fue dicho defectuosamente por los que quedamos en la Iglesia —seamos Papa o fiel—, purificar nuestras reacciones demasiado dolidas —sean de Pontífice o de seglar—, y combatir —sin esconder— lo que ha hecho daño al corazón de muchos que, por seguir su conciencia, se sienten directamente aludidos por estas confusas palabras, pronunciadas en Jueves Santo con toda la buena intención del mundo —como dice Alessandrini—, pero con evidente desacierto, a juzgar por las reacciones que —en privado y en público— se han producido en los medios más imparciales para la Iglesia.

Los sacerdotes reunidos en la Asamblea de Ginebra no han querido enviar una carta al Papa —respetuosa, pero sincera— ex-

poniéndole el dolor que sus afirmaciones han producido en muchos. La razón de no enviar esa carta es que han querido limitarse a los temas previstos, evitando otras cuestiones por razonables que les hayan parecido, como es esta, ya que la carta modelo recibió en su primera redacción propuesta los dos tercios de los votos de los sacerdotes reunidos en Ginebra.

Los sacerdotes secularizados no pueden clasificarse —pocos o muchos— de «desgraciados o desertores», ni de estar movidos «por viles motivos terrenos», ni que han caído en «mediocridad moral», ni que han «quebrantado una promesa propia largamente premeditada», porque no son ningunos «hermanos prófugos» en general.

Hasta la Santa Sede aprobó la fundación de un hogar por estos ex sacerdotes, y no podemos nadie atrevernos a juzgar de su interior, porque «de lo íntimo ni la Iglesia juzga», como muy bien dice un adagio canónico hoy todavía en pleno vigor.

Por eso no se trata de salvar la intención del Papa, sino de comprender que su discurso de Jueves Santo —no sabemos por quién redactado— no representa, ni mucho menos, el problema de la crisis de Iglesia, de fe o de vida de tantos y tantos sacerdotes que se han secularizado.

Que cada cual juzgue de las palabras textuales de ese discurso que dice: «Después, entre los personajes de la última cena no podemos olvidar a otro protagonista, Judas. Se oprime el corazón al verle participar en el ágape pascual. Y no podemos sofocar la emoción relejando la narración evangélica y viendo cómo la presencia del traidor pesaba sobre el corazón del Maestro (...). Hermanos, yo no puedo pensar en este trágico drama pascual, sin que también en mi espíritu de obispo y de pastor se asocie el recuerdo del abandono, de la huida de tantos hermanos en el sacerdocio de nuestro Cenáculo de dispensadores de los misterios de Dios (1 Cor, 4, 1). Lo sé, si; es necesario estudiar caso por caso, es necesario comprender, es necesario compadecer, es necesario perdonar, y acaso es necesario retender, y siempre es necesario amar. Y recordar con amor angustioso que también estos hermanos, aunque sean desgraciados o desertores, están sellados por la impronta indeleble del espíritu, que los califica como sacerdotes eternamente, con independencia de la metamorfosis que ellos, exterior y socialmente, padecen, y muchos reclaman para sí por viles motivos terrenos (...). ¿Cómo no llorar la deserción consiente de algunos; cómo no deplorar la mediocridad moral que desearía encontrar natural y lógico quebrantar una promesa propia, largamente premeditada y solemnemente profesada ante Cristo y ante la Iglesia? ¿Cómo no rezar en esta tarde por estos hermanos prófugos y por las comunidades que han dejado escandalizadas?...».

Lo escrito, escrito está. ■ E. M. M.

La Capilla Sixtina

LA FACTURA

Las declaraciones en Madrid de mister Stans, secretario de Comercio de USA, revelan una vez más la insuficiencia de servicios de la Interpol. Que yo sepa ningún departamento de esta organización de policía internacional se aplica a la represión del chantaje internacional o inter-estatal. No ha faltado la tesis de que mister Stans tuvo un «lapsus» al expresar el principio de que el Gobierno español debería elegir entre el Mercado Común o las preferencias económicas norteamericanas. Pero ya hay más de cincuenta años de tradición cultural freudiana para conocer la significación del «lapsus» como expresión incontinente de lo que llevábamos reprimidos por la coacción de lo que «no debe decirse».

El «lapsus» de mister Stans debe responder, pues, a la verdadera conciencia de la Administración Nixon en lo que se refiere a las relaciones con España. Si bien hace ya bastantes siglos que en Flandes se puso el sol y más de cuarenta años que el río de las inversiones norteamericanas empezó a tener cauces propios dentro de la geografía hispana, nunca nadie se había atrevido a pasar factura con los modales de mister Stans. Algo ha debido ocurrir para que este Gary Cooper de la economía americana empiece a jugar con la pistola en la calle mayor del poblado del Oeste. Desde hace algunas semanas la revista «Actualidad Económica» venía quejándose oficiosamente del insuficiente caso que los americanos estaban haciendo a las reclamaciones del Gobierno español. Se pedían mejores tratos en el juego comercial y más inversiones, más y mejores inversiones.

Ahora mister Stans lanza su auténtico desafío norteamericano y alguna clave política debe tener el asunto. He recurrido a los espahólogos de más postín y me han hablado de las antipatías instintivas que se suscitan entre pueblos con una talla media de 1,80 (USA) y pueblos de talla media 1,65 (España). Otros espahólogos atribuyen la actitud de mister Stans a un elemental sadismo aberrante que pone en práctica cuando visita países pendientes de facturación. Me ha parecido todo tan poco científico que he recurrido a una pitonisa de la calle Vallehermoso. Tras el consiguiente trance y las intangibles caricias sobre la bola, Madame Caminalis me ha dicho que la bola devolvía una y otra vez el rostro de un ilustre notario del Colegio de Madrid. ¿Qué

tendrá que ver mister Stans con el ilustre notario? La pitonisa es una licenciada en Ciencias Políticas y Derecho que no ejerce por la ola de desempleo cultural que se está extendiendo por todo el país. Se ha sacado, pues, el turbante, ha arrinconado la bola y, como en las novelas victorianas de fin de siglo, me ha revelado todo el intríngulis.

—En estos momentos un fundamental problema público español es la oposición entre una burguesía pan-europeísta, que desearía unas fórmulas políticas democráticas, y una burguesía autoritaria e inmovilista que sólo puede tener un aliado en el mundo de hoy: los Estados Unidos de América.

—Sigo sin ver la relación con el señor notario.

—Elemental, querido Watson. La cosa está muy embrollada y nadie sabe todavía cuál va a ser el único camino. Mientras tanto, para que esa burguesía pan-europeísta, pro-democrática y todo lo demás no pase la factura y, sobre todo, no se planteen sueños de alianza coyuntural con otros sectores sociales, aparece el ilustre notario, duro, amenazador. Es un viejo recurso en las relaciones humanas. Es como si a una persona a la que no le caemos bien le dijéramos: «Usted me cree que yo soy un pesado, que le estoy fastidiando, que no le dejo hacer nada. Muy bien. Pues le advierto que si yo me voy vendrá otro que aún le dejará hacer menos cosas y entonces sabrá usted lo que es bueno».

—El papel del señor notario empleo a entenderlo. Pero el del señor Stans síigo sin verlo.

—Pues es muy parecido. Reflexione conmigo a partir de la misma parábola: «Ustedes nos están poniendo nerviosos con sus exigencias de apertura, liberalidad, europeísmo, desarrollo político, etcétera, etcétera. Ustedes se creen que acercarnos a Europa significa que en lugar de ir a ver cine a Pau, Perpignan o Ceret, podrán verlo en la Gran Vía o en el paseo de Gracia. Ustedes se creen que acercarnos a Europa quiere decir partidos políticos, etcétera, etcétera. Y ustedes, finalmente, se creen que no tenemos más opción que acercarnos a Europa. Pues, no señor, no señor. Nos quedamos con los Estados Unidos y en paz».

—Pero una elección inmovilista a nivel universal significaría que también entonces el señor notario pasaría factura. La cosa no es tan sencilla.

—Esta es la cuestión.

SIXTO CAMARA